

Entrevista con Arturo Carrera

Edgardo Dobry

El poeta Arturo Carrera nació en Pringles, provincia de Buenos Aires, en marzo de 1948. En los años sesenta dirigió junto a César Aira la revista literaria *El Cielo*. Desde principios de los setenta se suceden sus libros, que suman una veintena; los títulos más importantes son *Escrito con un nictógrafo* (1972), *Momento de simetría* (1973), *Oro* (1975), *Ciudad del colibrí* (1982); *La partera canta* (1982); *Mi padre* (1983); *Arturo y yo* (1984); *Animaciones suspendidas* (1986); *Ticket para Edgardo Russo* (1987), y *Children's Corner* (1989, reeditado recientemente como el primero de una colección que recogerá toda la obra de Carrera en la editorial Tusquets de Argentina). Ya en los noventa publicó *Negritos* (1993); *Nacen los otros* (1993); *La banda oscura de Alejandro* (1994) y *El vespertillo de las Parcas* (1996). Este último fue seguramente su libro más elogiado por la crítica, y se convirtió además en un insospechado éxito de ventas. Ahora, dos editoriales españolas tienen previsto publicar poemas de Arturo Carrera: antes de finales del 2000, Ediciones Libertarias, de Madrid, anuncia la salida de *Carpe diem*; para el año que viene, Pre-textos, de Valencia, tiene programado publicar *Tratado de las sensaciones* (a éste pertenecen los poemas que el poeta leyó en junio de 1999 en el Ateneo de Barcelona). Carrera ha sido distinguido con diversos galardones, entre ellos el importante Premio Municipal de la ciudad de Buenos Aires (que en Argentina equivale prácticamente a convertirse en poeta laureado) y la beca Guggenheim.

En los años ochenta Carrera fue, junto a Néstor Perlongher, el máximo representante argentino del movimiento denominado neobarroco, que abarcó casi toda la América de habla castellana. El cubano Severo Sarduy, cacique de esa tribu variopinta, tras la publicación de *Children's Corner* comparó a Carrera con José Lezama Lima, el poeta a quienes los neobarrocos consideraban su maestro esencial: «Desde *Enemigo rumor* de Lezama Lima no leía nada igual. Carrera es ahora el heredero sin nexo, ni en el tiempo ni en el espacio, de *Orígenes*. Es decir, se produjo allí, en esos años, una fulguración cuyo rayo nos atraviesa, como la luz de una estrella difunta, y que Carrera recoge no en las metáforas ni en la sintaxis, sino en el tono, en el crepúsculo –con sus delfines de la fuente y su taza de piedra

vieja— cuya luz lo baña todo.» Estos elogios de Sarduy son citados con tanta frecuencia que más de un lector los sabrá ya de memoria. No porque la poesía de Carrera los necesite, sino porque dan alguna pista acerca de la poética de ese movimiento tan disperso, tan amplio y difícil de ceñir a unos rasgos comunes como fue el neobarroco. En todo caso, los libros de Carrera están lejos de reducirse a esa «fulguración»: dibujan su propia trayectoria, nítida, como un haz de voces que se tejen y destejen —voces de la memoria, de las tías sicilianas, del padre, de las señoras del pueblo en la peluquería y, por su puesto, las voces del inconsciente, las pulsiones vociferantes, lo que podríamos llamar la épica psicoanalítica de Carrera—, en una afinación cada vez más aguda y sin embargo cada vez más modulada. La figura del niño está siempre en primer plano: el niño demiurgo de Lewis Carroll —la Alicia que transita parsimoniosa desde su país maravilloso hasta el de la *Lógica del sentido* de Gilles Deleuze—, el inventor de juegos, el descubridor de todas las cosas, el monstruito narcisista, el que hace estallar la lógica universal en un sinfín de acontecimientos individuales, específicos, que reúnen de otra manera la dispersión del mundo, de las percepciones sensoriales.

El vespertillo de las Parcas, por ejemplo, parte de un descubrimiento arqueológico: en una playa de la provincia de Buenos Aires la espuma de la marea alta dejó grabadas sobre la piedra las pisadas de unos niños que vivieron hace unos siete mil años; Carrera los supone paseando por la playa al atardecer (el neologismo *vespertillo* surge de un cruce entre *vespertilio*, que significa murciélago, y *vespertino*, o sea «del atardecer»; ejercicio típico de Carrera, que fuerza en el nombre las pistas de la identidad, en este caso el murciélago, que vuela al atardecer), los funde con los atardeceres de su infancia, con la autoindagación «arqueológica» de los objetos y recuerdos de su madre, muerta cuando el poeta tenía poco más de un año, con las canciones en dialecto que cantaban sus tías, y todo eso lo aglutina con las Parcas, con la materia mitológica. El resultado es uno de los logros más altos que ha dado la poesía hispanoamericana en los últimos tiempos. Y, en la impregnación del dialecto siciliano en la lengua poética de Carrera, *El vespertillo...* es, también, un hito en la poesía argentina. Me refiero a la ilusión sarmientina del inmigrante cultivado enfrentada a la realidad del hombre recién bajado del barco, analfabeto que habla en dialecto, y que no es depositario de la alta cultura europea sino de una regional tradición de creencias y saberes populares. Ese inmigrante que repugnaba a Lugones y al cual pretendía conjurar mediante la ficción de un castellano puro, no contaminado de barbarismos itálicos, aquellos analfabetos recién llegados a la frontera del desierto (en *Ema, la cautiva* de César Aira, Pringles, la ciu-